

Apegos fragmentados

Marta J. Sanchís

Apegos fragmentados

Marta J. Sanchís



Edición limitada y numerada de 200 ejemplares

Piezas Azules

COLECCIÓN PIEZAS POÉTICAS

Primera edición, octubre 2025
©Marta J. Sanchís *Apegos fragmentados*

Prólogo: ©Almudena Sánchez

Ilustraciones interiores y de portada: ©Adriana Torres

Fotografía de la autora: ©Esteban Catalán Muñoz

Edición: ©Piezas Azules, editorial independiente
piezasazuleseditorial.com

ISBN: 978-84-129256-7-8
Depósito legal: M-19297-2025

Impreso en Estugraf, Ciempozuelos.

Piezas Azules llamábamos en nuestro lenguaje a los proyectos locos que se nos ocurrían. Eran proyectos con los que nunca nos haríamos ricos, con los que posiblemente nos hiciéramos más pobres, pero eran tan bonitos que tenían la vocación de no quedarse para siempre en el terreno de los sueños.

Poemas en paracaídas

Desde hace tiempo o quizá desde siempre, me han interesado los libros escritos a través del fragmento. Lo que surge de lo minúsculo y que aquello precisamente minúsculo, que andaba solo, se junte con algo de nuevo minúsculo, hasta formar una mezcla (pequeñísima-grandísima) que conforme una explosión de sentido inesperada. Es mi forma de mirar preferida. De mirar las palabras revolcándose en la belleza, en el dolor, construyéndose como literatura (¡un big bang de lo minúsculo!) y eso es precisamente lo que he encontrado en *Apegos fragmentados* de Marta J. Sanchís: una construcción precaria; frases tirando de otras frases, palabras girando alrededor de una sensibilidad herida. Al igual que sus versos son apegos fragmentados, también son apegos rotos.

Fragmentados, rotos y *feroces*, nos recuerda la afilada escritora Vivian Gornick. Puesto que... ¿de qué hablamos cuando hablamos de apego? ¿De amor permanente en el tiempo? ¿De una especie de pegamento?

Existe una inocencia que no se va con el tiempo: la necesidad de hurgar la grieta, con un palito, con el dedo, con la mente. El otro día, mi hijo Teo, que tiene dos años, lo hacía en el parque. Intentaba descifrar las grietas de los troncos de los pinos, como si tras ellas se escondiera otro lenguaje. Uno más sensacional. Una señal marciana.

En el primer poema de Marta leemos:

En el residuo del contagio encontré la articulación mía
que no quería pertenecer,
se escapaba de manera insistente,
repetida,
mi rodilla se desencajaba de su quicio.

y algunos versos más tarde:

y ya andaba yo curvada como quien anda poniendo
su pie en terreno plano y a continuación lo clava
en un hueco del camino,
otra vez liso y de nuevo agujero,
caminaba como si me estuvieran desarticulando por dentro.

La sensación de caminar por un suelo inseguro o de caminar raro, en sentido ladeado, incluso opuesto, atraviesa la mayoría de sus poemas.

El abandono porque: la que se va soy yo
me voy una otra
otra vez
Me estoy marchando constante

Y la idea de que el cuerpo es un caparazón inútil que casi siempre molesta. Sin embargo, a pesar de las molestias y de lo mecánicamente previsibles que somos anatómicamente, el cuerpo sirve para sentir. Es una piel acariciada por los fantasmas del futuro y del pasado. No hay otra forma de llevarlo a cuestas. La autora habla de cuerpo y demolición. Hay tacto por todas partes en estos poemas que son como un diálogo largo y solitario.

Morderse las uñas es infantil, un experimento,
luego la uña se queda en cualquier parte
y, si otra persona la encuentra, puede pensar
que no te conoce como creía.

Apegos fragmentados se puede leer del tirón o se puede leer por partes. Se puede cantar, que es lo que más me gusta de los

buenos libros. Hay algo que no se olvida dentro de ellos, un ritmo, un tarareo que nos acompaña de por vida.

Volviendo al tema del fragmento, este poemario está dividido en tres partes: familia, salud y amor, que es lo que se desea en Año Nuevo con una copa de champán en la mano y que le quita al libro la pesadez de lo elevado, del misticismo. Muchos libros de poemas (y aquí me voy a poner crítica) buscan el más allá, el éxtasis nuclear y *Apegos fragmentados,* además de ser inteligente, complicado y perturbador, es sencillo. Marta J. Sanchís, muestra la corriente vulnerable, onírica, que le traspasa por dentro. Una electricidad humana. Se la muestra a sus lectoras, pero no pretende enseñar ni explicar, más bien la deja caer.

Cerrar los ojos en un país, acostarse en la acera templada,
la mejilla contra la dureza de esta calle que no es como
ninguna otra porque se escucha a los demás respirar, entrar
en un bosque,

curar las heridas de las ovejas y verlas crecer, parir, ser
felices, esas ovejas tan tiernas que se mecen entre la trama
y la urdimbre de una rutina

una vida a diario.

El poemario trata lo trascendental desde lo doméstico. Es un inventario emocional que recuerda a lo íntimo-desconocido de Clarice Lispector y a la soledad huérfana de amor de Idea Vilariño. A veces, es como si los poemas de Marta J. Sanchís cayeran del cielo y otras es como si brotaran después de plantar un árbol. Son un encuentro con la poeta. Poemas en paracaídas: cosas que caen y rebotan, hacen daño y crean sobresaltos. Para eso están las cosas y vivimos bajo la extraña fuerza de la gravedad. Estos poemas conviven con la naturaleza dramática del mundo y sus

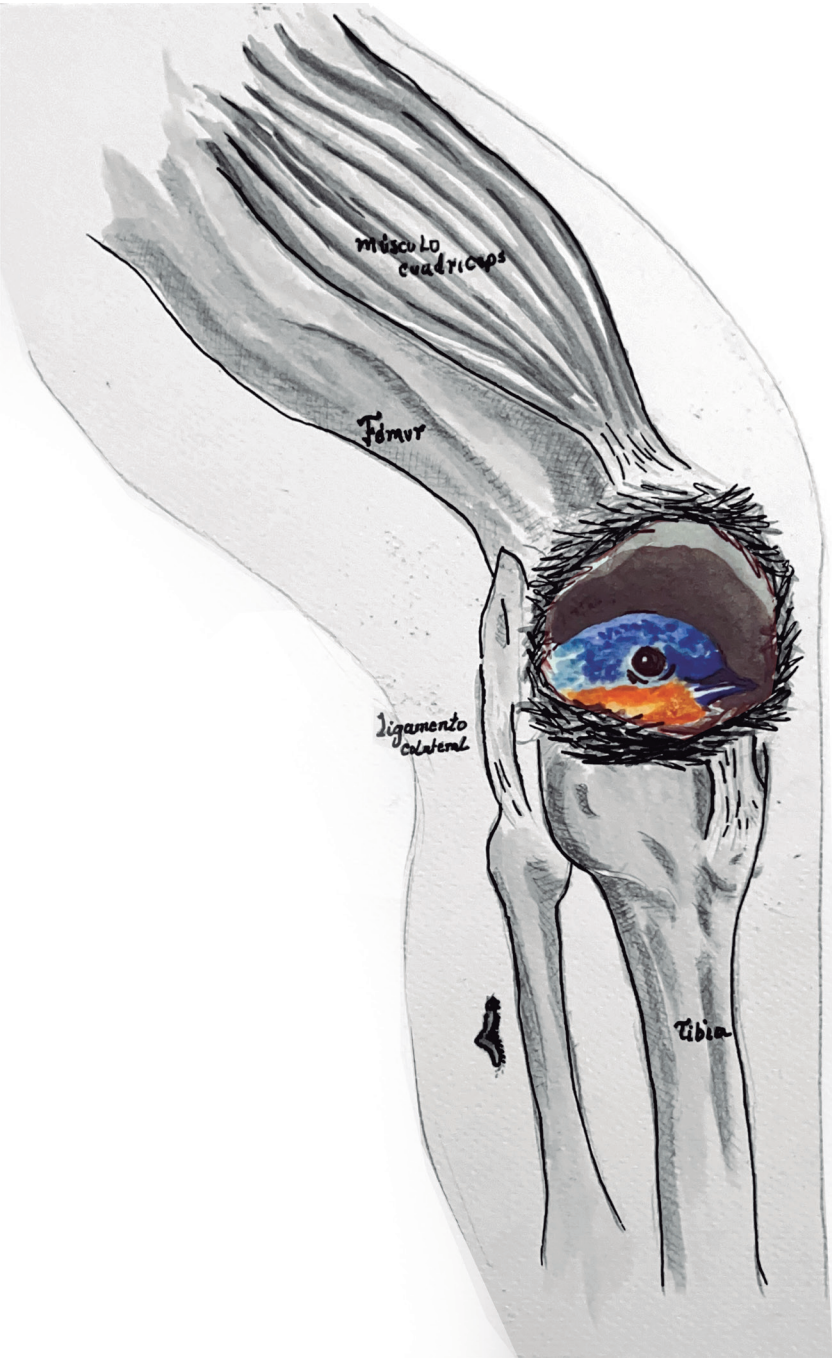
límites. Quizá, en esos límites que nos impiden seguir sintiendo (más), se encuentre la parte más dolorosa del libro que es la que nos enfrenta a la salud mental y lo hace de una forma original, entre lo funcionarial y lo poético. El papeleo y la locura. El prospecto y la animalidad.

quieres tocarme
pero hay demasiada historia

Las tres partes dotan a este libro de una dimensión conmovedora. Si un libro tiene que ser como adentrarse en otra cabeza, aquí tenemos uno que lo hace con suavidad y maestría. Entre lo experimental y lo bucólico, lo tierno y lo febril, una biografía propia.

Almudena Sánchez
Julio, 2025

A mi madre, Silvia Ferrer Medina
me enseñaste que el amor son los abrazos.


Músculo
cuadriceps
Fémur
ligamento
colateral
Tibia

FAMILIA

I

En el residuo del contagio encontré la articulación mía
que no quería pertenecer,
se escapaba de manera insistente,
repetida,
mi rodilla se desencajaba de su quicio.

Salía la rodilla de la concavidad en la que estaba infiltrada,
fulgurada,
y que era su hogar,

> ¿no ves, rodilla mía, que el hueso se comba
> hacia dentro para que tú entres en mí, encuentres
> unas tojas en las que anidar, ramitas de olivo
> que huelen como el aceite, ramitas unas puestas
> encima de otras, rodilla mía, pájaro de mis
> amores, no ves que toda tú has sido criada para
> poner huevos, hacer casa, permanecer?

La calentura me llenó la concavidad de la rodilla,
derramada ejerció
un potente empuje hacia arriba:
la unión entre muslo y cadera comenzó a resentirse.

Se resentía el aparato de piel
que había sido creado como almohadilla de intersección,
mi cadera quiso desentenderse
y ya andaba yo curvada como quien anda poniendo
su pie en terreno plano y a continuación lo clava
en un hueco del camino,
otra vez liso y de nuevo agujero,
caminaba como si me estuvieran desarticulando por dentro.

En el proceso de subir,
el empujón se resistió
y como un trino bajó por el ligamento del muslo
hasta la rodilla y
de ahí al tobillo que se quedó muy quieto,
siendo el tobillo pues sin nosotros saberlo
el centro de todo conocimiento y emoción,
la base:
el pasado es tobillo,
sin el tobillo no se mantiene aquí nadie.

II

Adónde vas a venir si no soy casa.

Pájaro, eres pequeño,
y pequeño me quieres

recoge los frutos rojos
(el exceso)
apriétalo en la boca.

Tengo un cielo dentro
las golondrinas
las cigarras
se vuelven barro expuestas al sol.

Tengo
agua clorada y paredes de casa
se deslizan colina abajo.

León, águila o ganso,
alguien
por favor alguien.

III

Morderse las uñas es infantil, un experimento,
luego la uña se queda en cualquier parte
y, si otra persona la encuentra, puede pensar
que no te conoce como creía.

Mi padre tenía las uñas de los pies duras y gruesas,
mi madre se arrodillaba frente a él,
ponía sus pies dentro de un balde de agua,
los dejaba reposar, volvía
unos veinte minutos después,
mi padre elevaba los pies, ella se los secaba, ella
colocaba la toalla en el suelo, él
los pies encima de la toalla.
Ella se disponía a cortar.

Mi padre veía la televisión, las uñas tan gruesas
que el metal de la tijera entre el borde blanco y la piel
le ardía, se quejaba en voz alta, mi madre decía
espera, un poco más.

Nadie me ha querido como me quería mi padre
cuando nos bañábamos en la piscina de unos apartamentos
y yo encontraba insectos ahogados, marrones,
y me acercaba a él,
le acariciaba los labios con el insecto, a veces incluso
se lo metía en la boca, pero sólo hasta la mitad, él nunca
me pedía que parara. Mi madre aparecía y gritaba:
¡Qué asco!

IV

La agricultora dijo que yo merecería el palo y el barro
por ser la hija del caníbal.

Me molió con el grano
su brazo que desaparecía al entrar en la vasija
detrás del corral.

Llegar a pudrirme,
ser la comida del siguiente animal.

En la próxima cosecha
crecerán de mí
las raíces unidas de lo segado.

V

En el sur no se tumba al árbol, se le pide permiso.

Nuestro campo está infestado de lagartas peludas.

El hacha afilada para desprender
una corteza que el roble forma en nueve años.

Dividir en panas el corcho,
facilitar el transporte a los arrieros, servirse de mulas:
manejan la carga golpeando con sus pezuñas las piedras del monte.

Es un tipo de árbol protector.